



**Sergio Pastormerlo (Director)**

*Escenas de la vida literaria en Buenos Aires.  
Memorialistas culturales 1870-1920*

**La Plata**

**Malisia**

**2014**

**400 páginas**

Cristina Beatriz Fernández<sup>1</sup>

### **Y en medio de aquella conquista / de un arte flamante y notorio...**

Joaquín V. González entra corriendo en la casa de su amigo Federico Gamboa para contarle que ha descubierto cómo un diario de la localidad bonaerense de Mercedes está publicando, en folletín y sin permiso del autor, un libro del mexicano. Gamboa, que todavía no era el afamado autor de *Santa*, escribe el incidente en su diario, al estilo de los Goncourt, donde también narra los comienzos del Ateneo, antes de tener que abandonar Buenos Aires justo cuando llegaba Rubén Darío. Ese Ateneo que en 1893 había logrado que Alberto Williams dedicara un concierto entero a la

música de Wagner y que, como institución cultural, había sucedido al Círculo Científico Literario, donde Martín García Mérou, quien llegaría a ser el primer “crítico” en reseñar obras literarias contemporáneas, había participado en unas ya anacrónicas polémicas entre clásicos y románticos con interlocutores como Eduardo Holmberg o Ernesto Quesada. Años después, mientras Rafael Obligado, figura tutelar del Ateneo, claudicaba en su americanismo abandonando el mate por el café, José C. Paz compraba con dificultad y mediante acciones una imprenta al poeta

---

<sup>1</sup> Doctora en Ciencias del Lenguaje con mención en Culturas y Literaturas Comparadas por la Universidad Nacional de Córdoba. Profesora adjunta en la cátedra de *Literatura y Cultura*

*Latinoamericanas I* en el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Mail de contacto: [cristinabeatrizfernandez@gmail.com](mailto:cristinabeatrizfernandez@gmail.com)

Estanislao del Campo y empezaba a editar *La Prensa*, el periódico que publicaría las bromas del periodista Pantaleón Gómez dirigidas al general Lucio V. Mansilla, descubridor de una mina de oro de sospechosa existencia. Episodio de ribetes ridículos si no fuera porque terminó en un duelo en regla en el cual cayó muerto Gómez...

Del lado de las tablas, Pepe Podestá se quejaba porque la falta de un título universitario le hacía difícil lidiar con los escritores de los dramas que representaba, y eso que él tenía un instinto certero para la escena, como lo muestra el “negocio” de *Juan Moreira* que le rindió sus buenos réditos por más de un cuarto de siglo, en un circo criollo que se iba convirtiendo en teatro nacional. No era el único con problemas: el empresario Pablo Raffetto era demandado en esos años por Eduardo Gutiérrez, quien juzgaba poco acertada la adaptación de una de sus obras y, andando el tiempo, Carlos Mauricio Pacheco llegaría al punto de interrumpir una función teatral para denunciar que el mismo Pepe Podestá no estaba pagando los derechos de autor exigidos por los creadores. El incidente, que causó el retiro del público de la sala en solidaridad con el autor, sentaría las bases para la creación de la Sociedad Argentina de Autores y la defensa de sus derechos, por los cuales venían peleando desde tiempo antes Florencio Sánchez o Alberto Ghirardo, amigos ambos de Rubén Darío, quien apenas pudo cruzarse unos días con Gamboa en esos últimos años del siglo XIX en que el nicaragüense trabajaba con Roberto Payró y José Ceppi (alias Aníbal Latino) en *La Nación*, y salía de noche con dos divertidos amigos científicos, Eduardo Holmberg y José Ingenieros. Eso cuando no se dedicaba a tareas más literarias, como editar la *Revista de América* con Ricardo Jaimes Freyre.

Pobre Rubén Darío que, siendo el máximo difusor de las letras francesas en América, nunca consiguió la Legión de Honor, por su negativa a cultivar las amistades oficiales, según la interpretación del asunto de Manuel Ugarte. Tan inocente y bueno Rubén, que sus secretarios le robaban el dinero sistemáticamente mientras él se negaba a denunciarlos a la policía porque, como les dijo una vez a sus compañeros en París, luego del inevitable hurto secretaril, “la libertad de un hombre, por canalla que sea, vale más que la miserable cantidad de dinero que ahora nos aflige” (200). Toda una visión de la condición humana en una época en que, al decir de Manuel Gálvez, los jóvenes eran casi en su totalidad seguidores del “anarquismo cristiano” de Tolstoi. Tiempos que vieron a Henry Barbusse hipotecar su prestigio literario poniendo su pluma y su voz al servicio de la prédica pacifista en tiempos de guerra, en ese mismo París que, unos años antes, había visto a un joven Horacio Quiroga que se había ido hasta allá solamente para ver las carreras de bicicletas en el velódromo y se encontró sin un peso siquiera para comer, y no digamos ya para pagarse la entrada a la exposición universal de 1900. Menos mal que existía cierta solidaridad entre los viajeros latinoamericanos, la misma solidaridad que posibilitó que Atilio Chiáppori consiguiese dinero para un viaje a Europa dictando cinco conferencias sobre carnes congeladas “con que el entonces ministro de Agricultura, doctor Ezcurra, tuvo la fineza de aliviar mi presupuesto” (234). Un verdadero detalle del ministro de Agricultura que se preocupaba así por las musas y sus vates, y eso que el ministro era más bien conservador y los escritores preferían en general el marxismo –aunque según Roberto Giusti, casi nadie en su

generación se había arriesgado a leer *El capital* completo y de primera mano—.

Pero no todo eran noticias frigoríficas: Ricardo Rojas sorprendía a sus compañeros leyendo de corrido en inglés y no sólo en francés —en esto último no había mérito singular: lo podían hacer casi todos—, al tiempo en que el nacionalismo del Centenario iba dando cabida a una intranquilizadora xenofobia y la revista *Nosotros* inauguraba sus célebres “almorzáculos”. Entretanto, José Antonio Saldías, peleado con su papá historiador, hacía sus primeras armas reescribiendo literariamente las noticias policiales en la redacción de *La Razón*, donde también trabajaba Natalio Botana, antes de *Crítica*. Y todo eso mientras el café *Los inmortales* se iba convirtiendo en un lugar casi mitológico para artistas y bohemios y mientras Baldomero Fernández Moreno, en Chascomús, recurría a su viejo manual de medicina para ejercitar la precisión en el estilo.

Estas y otras noticias pueden leerse con interés en la antología de memorialistas culturales realizada por un equipo de la Universidad de La Plata, bajo la dirección de Sergio Pastormerlo. En la “Introducción”, que expone el criterio de la edición así como la trayectoria de lecturas que dieron lugar al volumen, se justifica la selección del corpus antologado desde una perspectiva que supera el mero catálogo de anécdotas. Para los responsables del libro que nos ocupa, nos encontramos ante distintas manifestaciones de un género que se desliza entre la intimidad de la autobiografía y el carácter público de las memorias: los recuerdos de escritores y artistas, es decir, recuerdos restringidos a los aspectos de la vida intelectual. De ahí la referencia a los “memorialistas culturales” del título, el que también nos aclara que estas escenas de la vida literaria

se centrarán en la ciudad de Buenos Aires entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Escenas que conforman un recorrido diseñado con buen criterio y que nos permiten visualizar formas de sociabilidad, hábitos intelectuales y prácticas de consumo cultural en un momento clave para la constitución de una literatura nacional.

Porque no estamos ante los recuerdos de la vieja ciudad que una generación registra para las siguientes, en la línea de José Antonio Wilde o Santiago Calzadilla, ni de las notas de viaje, a caballo entre la crónica periodística y la experiencia cosmopolita de las élites. Se trata, más bien, de expresiones locales de una tradición que toma elementos de los retratos al estilo de los *Portraits et souvenirs littéraires* de Gautier o los *Souvenirs et portraits de jeunesse* de Champfleury, *Les poètes maudits* de Paul Verlaine o *Los raros* de Rubén Darío y, en parte también, de los recuerdos de la vida personal. En una época en que los retratos escritos compartían terreno con la fotografía y la caricatura o con las entrevistas de autores —al estilo de las que hacía Soiza Reilly para *Caras y Caretas*, una nueva modalidad del retrato de escritor o artista, captado en su casa, escritorio o atelier e ilustradas con fotos— las memorias literarias hablaban del *movimiento o situación* literario, intelectual, teatral o periodístico, no de hombres ni de escuelas en particular.

Por eso, con formas flexibles, que podían ir desde el diario de Gamboa a la entrevista periodística que en 1927 les hizo el periodista Ernesto Mario Barreda a los sobrevivientes del Ateneo, las memorias culturales seleccionadas —que excluyen deliberadamente siluetas, retratos y semblanzas orientadas a sujetos individuales— nos describen una época atravesada por tres generaciones: la de

García Mérou y el Círculo Científico Literario; la de Rubén Darío, la bohemia y el Ateneo y, finalmente, la de Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Roberto Giusti, por citar nombres emblemáticos, que a su vez narraron “tres relatos de iniciación: los inicios del escritor moderno, los inicios de una generación y los inicios de una literatura nacional –o cosmopolita e hispanoamericana, con Darío y Ugarte” (29). Los escritos elegidos para la antología incluyen fragmentos de Rafael Barreda, José Podestá, Martín García Merou, Federico Gamboa, Rubén Darío, Carlos Vega Belgrano, Calixto Oyuela, Ernesto de la Cárcova, Alberto Williams, Leopoldo Díaz, Manuel Ugarte, Enrique García Velloso, Horacio Quiroga, Atilio Chiáppori, Manuel Gálvez, Hugo Wast, Roberto Fernando Giusti, Federico Mertens, José Antonio Saldías, Vicente Martínez Cuitiño y Baldomero Fernández Moreno. Y todos ellos nos permiten apreciar ciertas constantes de la vida cultural rioplatense, como la anacrónica recuperación de las polémicas románticas en plena década de 1870 en los debates del Círculo Científico Literario, una revolución estética algo desfasada que sus protagonistas representaban adoptando, entre otras señales, seudónimos de resonancias germánicas y proclamando su distancia del reinante positivismo, sin que ello les significase un obstáculo para superponer el artistismo y el esteticismo románticos a una sincera defensa del naturalismo. Y es que en esos mismos años de 1870 había llegado al Río de la Plata el relato de la bohemia parisina,

promoviendo la aparición de una serie de memorias de artista y una “especie de educación sentimental sobre la vida literaria moderna” (15), que involucraba no sólo la imagen del escritor-artista sino también formas de sociabilidad que serían propias de escritores y pintores hasta la época de la primera guerra mundial. Esta clase de memorias de la vida literaria se interrumpiría, en líneas generales, en la década del ‘20, cuando los recuerdos comenzaron a perder ese enfoque generacional para concentrarse en autobiografías de autor, con recuerdos de la infancia incluidos, como lo ejemplifican el mismo Baldomero Fernández Moreno – que cierra la selección– y otros que vendrían después, como Norah Lange, Carlos Mastronardi o Elías Castelnuovo.

Digamos, para concluir, que cada texto de la antología va precedido por una breve presentación del autor de las memorias, de su momento y del contexto de su escritura, a lo cual se suma un muy útil índice de nombres citados al final del volumen. Y, si acordamos con lo señalado por los editores respecto de que “la historia literaria volvió una y otra vez a las memorias, porque encontraba allí los más densos y accesibles documentos contemporáneos sobre la vida literaria de una época o de una generación” pero “hizo poco por trazar una historia de las historias literarias mismas” (29), podremos afirmar que este libro es una valiosa contribución para llenar ese vacío y propiciar el estudio de la escritura de los *memorialistas culturales* como un género válido en sí mismo.